

Garatuza penetró entre aquella multitud, buscando á su vez algun vestigio, procurando alguna noticia, pero nada; ni quien se hubiera tomado el trabajo de informarse de la suerte de los moradores de la casa.

Un hombre estaba inclinado examinando los restos de un volúmen en folio que habia sobre un monton de tierra; Garatuza estaba cerca de él, y quiso probar fortuna por si acaso él sabia algo, y le habló.

El hombre volvió el rostro, y poco faltó á Garatuza para gritar: era Don Baltasar de Salmeron.

Si Martin era astuto, Don Baltasar no le iba en zaga, y uno y otro se conocieron y procuraron mutuamente engañarse, y lo consiguieron.

Martin preguntó candorosamente y Salmeron le contestó con ingenuidad: nada sabia.

—No me ha conocido—pensó Martin.

—No me ha conocido—pensó Salmeron.

Martin procuró escurrirse por un lado para escapar, mientras que Salmeron procuró ocultarse para observarle, mandando luego pedir auxilio para aprehenderle.

Pero en aquel dia la suerte estaba contra Martin, y muy á mano se encontró Salmeron á los alguaciles, que antes de caminar dos calles echaron la garra á Garatuza, que en medio de los corchetes y con un traje semiclerical hizo su entrada solemne á la cárcel.

Don Baltasar ocurrió inmediatamente á pedir una audiencia al virey; esperó mas de dos horas en la antesala, pero al fin consiguió ser recibido.

—Señor Excmo.—dijo haciendo una profunda reverencia—vengo á participaros una noticia que no deja de tener importancia.

—¿Qué ocurre?

XII.

De cómo á un hueso y á un sombrero puede un hombre deberle la vida y la libertad.

AL siguiente dia del incendio de la «casa colorada» Martin tomó uno de tantos disfraces, y determinó salir á la calle en busca de noticias del Padre Salazar y de Doña Juana, porque no creia que ésta hubiera perecido: como Doña Esperanza se habia salvado y todos la creian muerta, así podia haber acontecido con Doña Juana.

Además, Martin tenia otra razon para buscar á la señora Carbajal, y era que Doña Esperanza estaba verdaderamente loca, queriendo salir en busca de su madre y sin encontrar consuelo en nada.

Martin tenia buen corazon, y el estado de Doña Esperanza le afectaba profundamente; así es que apenas fué de dia claro, tomó su sombrero y se encaminó á la calle de las Canoas.

La «casa colorada» presentaba un espectáculo bien triste; ruinas humeantes y ennegrecidas, algunas paredes en pié, con ventanas cerradas que por casualidad habia respetado el fuego; muebles rotos, baúles, cajones y hasta ropa; y luego multitud de gentes que rascaban y que apartaban los escombros buscando algo que aprovechar, algo que llevarse.

—Con el oportuno auxilio de cuatro alguaciles, he logrado poner en segura prision al hombre que ganando la confianza de S. E., descubrió los secretos de palacio á los enemigos de S. M. y logró interceptar las denuncias que hice á S. E.

—Buena presa, buena presa: ¿y en dónde está el perillan?

—En la cárcel, Excmo. señor, á las órdenes de V. E.

—Magnífico; esta noche misma iré á examinarle yo personalmente, porque es una pieza el tal Benjamin que ya.....

—¿Quiere V. E. que dé alguna orden en la cárcel?

—Sí, tomad:—el virey escribió.—Esta es la orden para que esta noche á las ocho me traigan aquí á ese maula.

—¿La entregaré al alcaide?

—Sí, y mañana tendreis cuidado de venir á verme.

Don Baltasar hizo una gran reverencia y se retiró á llevar la orden del marqués.

Poco antes de las ocho el virey y el visitador estaban reunidos en una estancia de la habitacion particular de S. E.: aquella estancia tenia dos puertas, una que conducia al interior de las habitaciones, y la otra á las antesalas del Palacio.

S. E. y el señor visitador estaban sentados en dos sitios, y tenian delante una gran mesa sobre la que ardian dos bujías de cera, colocadas en dos magníficos candeleros de plata.

—¿Cree S. S. que no podrá sacarse nada del tal Benjamin?—decia el virey.

—Difícultolo mucho—contestó el visitador, que trazas tiene de muy listo y entendido.

—¿Ni con amenazas?

—Es el peor camino que pudiera escogerse, que bien creo que si algo se consigue, será por la dulzura; y diré mas á S. E., que si ese hombre se docilitara, ninguno como él podría hacer grandes revelaciones.

—Probaremos.

—Pruebe la dulzura S. E., que si no produce el efecto que espero, tiempo quedará para el rigor.

—Creo que llega nuestro hombre, porque oigo ruido en la antesala, y acaban de sonar las ocho.

En efecto, anunciaron á S. E. que el alcaide de la cárcel con una ronda, traia al hombre que S. E. habia pedido.

—Decid al alcaide que pase.

El alcaide se presentó haciendo grotescas reverencias.

—¿Viene ese hombre amarrado?—preguntó el virey.

—Sí, Excmo. señor.

—Le hareis quitar las ligaduras.

—Sí, Excmo. señor.

—Luego hareis que entre solo, pero cuidando de registrar que no traiga arma oculta.

—Sí, Excmo. señor.

—Despachad.

Aquí el alcaide hizo otras mil reverencias y salió: pocos momentos despues entró Martin con un aire contrito, y llevando en la mano un ancho sombrero de palma. Parecia el ser mas humilde y mas inofensivo de la tierra. Al entrar volvió á cerrar la puerta de la antesala.

—¡Hola!—dijo el virey;—mira qué humildad y qué cara de santo pones: acércate.

Martin obedeció, y quedó separado del virey y del visitador por la mesa sobre la cual ardian las dos bujías.

—¿Conque tú—continuó S. E.—te has burlado de mí, has robado en palacio, y has vendido los secretos del gobierno á los enemigos de S. M.?

—Señor.....—dijo Garatuza.

—Bien mereces un ejemplar castigo y que te mande ahorcar en medio de la Plaza Mayor.

Garatuza inclinó la cabeza; pero sus ojos centellantes examinaban toda la habitacion.

—Solo un modo hay para que te libres del patíbulo que te espera: ¿quieres escapar de la horca?

—Con mucho gusto, Excmo. señor.

—Pues confiesa.

—¿Qué he de confesar?

—Ante todo, ¿cómo has hecho para escapar hasta hoy de la justicia?

—Señor.....

—Confiesa.

—Y si le muestro á V. E. el cómo, ¿no tendré funestos resultados?

—No.

—¿De veras, Excmo. señor?

—Vamos, te empeño mi palabra.

—Pues va á ver V. E., y lo hago todo con su permiso.

Garatuza entonces se caló sin ceremonia el sombrero, apagó violentamente las dos bujías que daban luz á la pieza, y echó á correr por la puerta que conducia al interior de las habitaciones, cerrándola por dentro.

Tan rápidos y tan inesperados habian sido aquellos acontecimientos, que S. E. y el visitador quedaron por algunos instantes estupefactos.

El virey fué el primero que ocurrió á tocar la campanilla para llamar; pero su mano tropezó con los candeleros y no pudo encontrar lo que buscaba: gritó entonces, pero en la antesala creian que regañaba á Martin, y nadie acudió. Entonces el virey y el visitador determinaron levantarse y llamar á los alguaciles.

Pero la oscuridad de la cámara era tan densa, que varias veces uno y otro se encontraron sin dar con la puerta;

el virey reia con todas sus ganas, y el visitador echaba espuma de la cólera.

Los alguaciles y los criados y todos entraron en persecucion de Garatuza; pero cada puerta era un nuevo obstáculo, porque Martin habia cuidado de ir las cerrando todas.

Garatuza llegó por el interior de Palacio hasta una escalerilla que conducia á la azotea; estaba cerrada, pero la llave estaba allí, y Martin logró abrirla, y sintió el aire de la noche y se encontró en los terrados.

Comenzó á correr por allí buscando el lugar en que los techos estuvieran á menos altura de la calle para dejarse caer. Una tapia con una puertecilla débil se interpuso en su marcha; Martin no llevaba ni puñal, ni daga, ni otra cosa con que forzar la cerradura; buscó á tientas, y ayudándose algo con la escasa claridad de las estrellas, su fortuna le depaó un hueso. No era exactamente lo que necesitaba, pero ya era mucho para su situacion.

Martin rompió la puerta con el hueso, y logró pasar; ya era tiempo, porque á lo lejos miró en las azoteas el brillo de los farolitos de los alguaciles.

Habia llegado Martin hasta un lugar de donde no le era posible pasar; allí, como un precipicio, estaba la calle que formaba la espalda del Palacio.

Midió con los ojos la distancia que le separaba del piso de la calle, y se decidió.

Martin habia andado bastante entre la gente perdida, para no saber lo que se hace en caso semejante, con objeto de procurar una caida suave disminuyendo la velocidad.

Sin conocer las causas fisicas, sabia preparar los efectos.

El muro por aquel lado estaba enteramente plano; no habia cornisa, ni ventana, ni moldura que interrumpiera hasta el cimiento su tersa superficie.

Martin se colocó en el bordo, tomó entre sus dos piés la copa de su sombrero, quedando el ala tendida bajo sus puntas, se suspendió con la mano izquierda mientras que con la derecha sujetaba como un puñal el hueso que habia encontrado en la azotea, y le apoyó fuertemente contra la pared.

Entonces se desprendió.

Como era natural, el sombrero hacia el efecto de un paracaídas, y el rozamiento del hueso contra el muro disminuía un tanto la velocidad de la caída, y le servia al mismo tiempo para conservar la posición vertical y aprovecharse del auxilio que le prestaba el aire oprimido por el sombrero.

Era seguro que ni Garatuza, ni los truhanes que le habian enseñado aquellas cosas, sabian el por qué; pero era un método que siempre les habia dado buenos resultados, y esto era bastante; y merced á estas precauciones, Martin llegó á tierra con felicidad.

El sacudimiento de la caída lo desconcertó por un momento; pero á poco se repuso, tomó su sombrero, se lo puso y echó á correr.

Desgraciadamente la alarma habia cundido á la calle, y los farolillos de los alguaciles y de las rondas comenzaban á lucir en las calles vecinas á Palacio.

Martin tomó sin intención la primera salida que se le presentó; pero á pocos pasos un hombre se destacó de una puerta, y tendiéndole una lanza, le gritó con voz estentórea:

—Alto y téngase á la justicia.

Era un alabardero; Martin comprendió que cualquiera vacilación podia perderle, y determinó jugar el todo por el todo; se quitó rápidamente el sombrero con la mano izquierda, y sirviéndose de él como de una adarga, apartó el arma que

le amenazaba, y con el hueso que aun no habia soltado, dió con la diestra tal golpe al alabardero en la cabeza, que le dejó privado de sentido.

Saltó sobre el cuerpo de aquel infeliz y siguió corriendo. Los alguaciles venian ya muy cerca, y Martin, fatigado ya, percibia cada vez mas cerca el ruido de sus pasos.

Estaba ya exánime cuando volvió una esquina y oyó el ruido de un chorro de agua que caía de una de esas fuentes que habia incrustadas en las paredes, de las que aun se conservan algunas, y que forman una especie de grutas en las calles.

Una idea súbita alumbró á Martin, y tan rápida como ella fué la ejecución.

Arrojó hácia adelante el sombrero con todas sus fuerzas, luego el hueso, y se metió dentro de la fuente.

La noche estaba oscura y los perseguidores no pudieron ver á Martin que se ocultaba, pero oyeron á lo lejos el ruido del hueso que iba rebotando sobre las piedras.

—Ahí va—dijo uno.

Y todos siguieron corriendo. Martin, temblando de frio, los sintió pasar á su lado y se sumergió mas; cuando ya no habia ninguno, sacó la cabeza y escuchó.

Habian encontrado su sombrero.

—Es seguro que por aquí pasó—decia uno—que aquí ha dejado el sombrero.

—Entonces debemos buscarle por aquí—contestaba otro.

—Por aquí no—replicó el que habia hablado primero;—si esta prenda se quedó aquí, el dueño debe ir adelante; el sombrero debe habersele caído en la carrera, y no habia de adelantarse; que lo que se tira en una fuga queda siempre atrás y no adelante.

—Razon teneis de sobra; soy un tonto.

Martin los vió alejarse rápidamente, y salió escurriendo agua de su escondite.

Procuró tomar entonces una direccion opuesta á la de la ronda, sacudiéndose para secarse, y dando rodeos por las calles, de manera que si por desgracia seguían el rastro del agua, no diesen con él.

Cuando estuvo seguro de que ya no se desprendian gotas tan gruesas y tan abundantes de sus ropas, se dirigió á su casa, y llegó en los momentos en que menos le esperaba la pobre muda.

Martin se desnudó con tanta tranquilidad como si nada le hubiera pasado, y á poco rato dormia como si no le anduviesen buscando las rondas por toda la ciudad.

XIII.

De lo que Martin, Don César y Teodoro acordaron respecto de Doña Esperanza, y de lo que habla pasado á Doña Catalina.

Las pesquisas fueron inútiles para encontrar á Garatuza; el virey se contentó con prevenir á la justicia que procurase su aprehension, y Martin para no tener un mal encuentro, determinó permanecer oculto en su casa.

Doña Esperanza habia quedado sola sobre la tierra y comprendió por fin su situacion y la muerte de Doña Juana, á pesar del cuidado que por ocultarla tuvo Martin.

Si Leonel no hubiera estado preso, quizá Esperanza no hubiera sentido tan absoluto su aislamiento; pero no sabia mas de él sino que continuaba en desgracia, y esto aumentaba lo profundo de su pena.

Martin se resolvió una noche á salir para ir en busca de Teodoro; era el único de sus amigos en quien tenia plena confianza, y el único capaz de darle sus consejos y valerle en algo.

Teodoro recibió á Garatuza con el mismo cariño de siempre, y éste le contó los últimos acontecimientos de su vida. Teodoro le escuchó hasta el fin.

—¿Y qué pensais hacer ahora?—le preguntó.